

Todos pueden ver este dibujo en poder del mismo Miguel Angel y lo que significa es claro, es á saber: terribles calamidades que amenazan á Roma y á Florencia y á la Iglesia católica, á lo que parece, por parte del Emperador turco ó de algún otro de los grandes Señores cristianos. En Roma y en Florencia acamparían los bárbaros más terriblemente que lo hicieron en Prato en el año de 1512» (1). En Febrero de 1515 la autoridad eclesiástica hubo de proceder en Florencia contra un fraile llamado *Teodoro*, hijo de un cierto Juan de Scutari. Este discípulo de Savonarola había predicado durante todo un año, hallando gran séquito, especialmente entre las mujeres, las cuales le veneraban como santo. Teodoro protestaba haberle un ángel revelado, como gran misterio, que él (Teodoro) sería en la futura renovación de la Iglesia el Papa Angélico, cuya venida había vaticinado Savonarola. Sometióse á Teodoro á un juicio, en que no se empleó, sin embargo, el tormento; pues Teodoro pidió entonces perdón á Dios y á los hombres. El Vicario del Arzobispo prohibió después, so pena de excomuni6n, que se predicara sin permiso de los superiores legítimos, que se difundieran profecías ó se guardaran reliquias de Savonarola; y León X aprobó estas disposiciones (2). A pesar de todo, las profecías de Savonarola acerca de la renovación de la Iglesia y la futura época de felicidad y bienaventuranza para todos los cristianos, y particularmente de una era de paz y de libertad en Florencia, anduvieron todavía de boca en boca durante algunos años entre el pueblo florentino; y algunos fanáticos continuaron buscando afanosamente las señales que debían anunciar aquella gran mudanza del mundo.

Uno de estos profetas se presentó en tiempo de Maquiavelo en la persona de *Francisco da Meleto* (3). Hijo de un florentino y de

(1) Grimm, Michelangelo, II<sup>o</sup>, 30, 31.

(2) Además de Cambi, XXII, 59-60 y Moreni, II, 208 s., 511 s., cf. el escrito contemporáneo, sumamente raro: *Processo di don Theodoro mo | nacho che si faceva chiamare | papa Angelicho | s. l. et a.*, citado ya por mí en mi obra «Zur Beurtheilung Savonarola's.» 63, por el cual quedan demostradas las relaciones de Teodoro con Savonarola, que ha negado Luotto (Il vero Savonarola, Firenze, 1897), 313. De la crónica citada por Moreni (l. c.) consta esto tan claramente, que parece inconcebible que Luotto negase tales relaciones. El breve de León X de 17 de Abril de 1515, aducido por Luotto l. c. según Bartoli, no se halla en los registros de Hergenröther, sino en Moreni 511-515, según el original existente en el archivo arzobispal de Florencia.

(3) Para lo que sigue, cf. el interesante estudio de S. Bongí en el Arch. st. ital. 5 Serie, III, 62 ss.

una esclava circasiana, Francisco, siendo todavía joven, había ido á Constantinopla en 1473, á lo que parece por negocios mercantiles, y allí tuvo muchas disputas con los judíos en orden á su conversi6n al Cristianismo. Acaso durante su permanencia en la capital del terrible enemigo que amenazaba á la Cristiandad con los mayores males, se dirigieron por primera vez los pensamientos de aquel joven á descorrer el velo del porvenir que había de librar al mundo de la barbarie del Islam. Habiendo regresado á Florencia, fué probablemente arrastrado Francisco por el movimiento que dirigía Savonarola; y luego se abismó en la lectura de escritos proféticos. El remate fué, creerse, por inspiraci6n del Espiritu Santo, en estado de descubrir los misterios que ocultaba el porvenir. Los resultados de sus investigaciones, fundadas principalmente en cómputos, los expuso en dos escritos que se imprimieron inmediatamente. El primero de ellos, acerca de los misterios de la Sagrada Escritura, parece haber tenido tan grande resonancia, que Francisco se confirmó en la creencia de su misi6n profética, y se resolvió á dedicar su segundo trabajo al Papa León X, recién elegido; el cual se lo permitió. En este segundo escrito explicaba el profeta, que la gran mudanza había de comenzar en el año de 1517 con la conversi6n de los judíos, y en 1536 terminaría con la extirpaci6n del Islamismo. Entretanto habianse extendido más en Florencia tales ideas, y algunos predicadores las anunciaron desde el púlpito. Con raz6n pareció esto peligroso á las autoridades eclesiásticas, y el Concilio provincial de Florencia, reunido en 1517 bajo la presidencia del cardenal obispo Julio de'Médici (que fué más tarde Papa Clemente VII), resolvió prohibir las obras de Francisco da Meleto y asimismo el que se anunciaran desde el púlpito sus opiniones. León X confirmó esta resoluci6n y el profeta, que de tal suerte se había extraviado, parece se sometió, pues no se vuelve á oír hablar de él. La extraordinaria rareza de sus escritos indica haber sido destruidos todos los ejemplares que se pudieron hallar.

Es por extremo notable haberse presentado también profetas en otras partes de Italia durante aquel tiempo crítico.

En Milán compareció en Agosto de 1516, después de la segunda conquista de los franceses, un solitario toscano, *Jerónimo de Sena*, el cual, sin permiso del arzobispo, comenzó á predicar en la catedral. El aspecto y modo de vivir de este profeta eran tan extraños,



que muy pronto toda la ciudad quiso verle y oírle. Algunos escritores contemporáneos comparan al nuevo predicador con San Juan Bautista, y le pintan diciendo, que era un hombre alto y demacrado, que andaba descalzo, sin camisa y la cabeza descubierta, llevando solamente un sayo de grosero paño y una pobre capa de parecida estofa. Los enmarañados cabellos y la barba larga y aborascada aumentaban la impresión grave y casi selvática de aquel predicador, que tendría unos treinta años y hablaba con mucha expedición. Después de haber terminado sus peroraciones, dirigíase siempre al altar de la Santísima Virgen, donde se postraba en el suelo y perseveraba en larga oración. Todas las tardes hacía tocar las campanas de la catedral, y rezaba con los numerosos devotos que concurrían, la Salve Regina. De día en día encontraba aquel extraño solitario mayor partido entre el pueblo, contribuyendo á esto especialmente la extraordinaria austeridad de vida del nuevo profeta. Su único alimento era pan, agua y raíces, y servíale de lecho la dura tierra. No recibía limosnas, y lo que se le daba lo empleaba en cirios para la imagen de la Virgen María, y asimismo en la construcción de una nueva lámpara y un altar especial en la catedral. Que un lego desprovisto de autorización eclesiástica pudiera desplegar semejante actividad, se explica principalmente por cuanto la predicación del solitario toscano en Milán ocurrió en un tiempo de gran desorden público. Pero á la larga era tanto más difícil que todo su proceder dejara de hallar contradicción, cuanto que Jerónimo de Sena se disparaba de la manera más violenta contra los sacerdotes y principalmente contra los frailes. Ninguno de sus sermones pasaba sin semejantes ataques, y con todo eso el partido del predicador aumentaba de día en día, principalmente entre el sexo femenino. Citado ante la autoridad civil y eclesiástica, para dar razón de su conducta, respondió Jerónimo, breve y resueltamente, que había venido á anunciar la palabra de Dios. Cierta día un fraile dijo á la cara en la catedral al intruso predicador, que estaba excomulgado, porque la Iglesia no permitía anunciar la divina palabra sino á los sacerdotes, diáconos y subdiáconos; pero el solitario se remitió al ejemplo de San Pablo, quien sin ninguna orden sagrada había convertido todo el mundo. A la réplica de que el gran Apóstol había recibido particular gracia del Espíritu Santo, contestó Jerónimo asegurando: «Yo he sido enviado por Dios.» Los conti-

nuos ataques contra el clero, y la perturbación de los divinos oficios en la catedral, por efecto de aquellos sermones, hicieron que se acabara por cerrar el templo al solitario. Este cedió entonces el campo, y á 28 de Diciembre salió de la ciudad, donde sus partidarios no volvieron á quietarse sino pasado algún tiempo (1).

Otra manifestación, incomparablemente más peligrosa fué todavía la de cierto *Fra Bonaventura* que, en Mayo del mismo año de 1516, se presentó en Roma dándose por el tantas veces vaticinado Papa Angélico y Salvador del mundo. Es muy probable que, así en éste como en los demás profetas de aquella época, influyera Savonarola, que á su vez estaba enteramente imbuido en las ideas del abad Joaquín y de Telesforo, y así no debe considerarse tampoco como casual que, precisamente en el año de 1516, los eremitas italianos de San Agustín mandaran imprimir en Venecia las profecías de Telesforo (2). El número de los partidarios de Fra Bonaventura, los cuales le besaban los pies como Vicario de Cristo, parece haber ascendido á 20,000. Dicho predicador compuso un escrito destinado al Dux de Venecia, en el cual describía á la Iglesia romana como la mujer del Apocalipsis. A la cabeza de aquel trabajo iba un escrito que comenzaba con estas palabras: «Buenaventura, elegido por Dios para Pastor de la Iglesia en Sión, coronado por mano de los ángeles, destinado para la redención del mundo, á todos los fieles de Cristo ofrece salud y bendición apostólica.» En este escrito excomulgaba al Papa León X, á todos los cardenales y prelados, y exhortaba á apartarse de la Iglesia romana. Requería á todos los príncipes cristianos que se pusieran de su parte. En particular recomendaba á Venecia tuviese buena amistad con el rey de Francia, pues éste era el instrumento escogido por Dios para la renovación de la Iglesia y conversión de los turcos. No es, pues, de maravillar que semejante fanático fuera encerrado en el castillo de Sant Angelo, con lo cual se dispersó la gran caterva de sus partidarios (3).

(1) Prato, *Storia di Milano*, en el Arch. st. ital. III, 357-359; cf. *ibid.* 431-432 la relación de Burigozzo.

(2) Cf. Grauert, en el *Deutschen Hausschatz*, XVII, 710. Sobre Telesforo, v. nuestras indicaciones, vol. I, p. 281 s.

(3) Cf. Höfler, *Italienische Zustände*, 36, 56-57. En 1491, había ya un profeta anunciado en Roma la pronta venida del papa Angélico; cf. más abajo, lib. 1, cap. 6.



Los fenómenos de esta índole demuestran la fermentación que se había apoderado de los ánimos, y cuán hondamente se sentía la necesidad de una reforma de las cosas eclesiásticas; importaba, pues, sobre todo, que esta reforma se hiciera, no por los revolucionarios y fanáticos, sino por la autoridad instituida por Dios, y por los caminos legítimos, dentro de la disciplina eclesiástica. Julio II, después que sus predecesores habían diferido demasíadamente poner manos á la obra, había entrado en el mejor camino, convocando el Concilio de Letrán, única medida que prometía conducir al éxito deseado. Cuán poco se pudiera esperar de las tendencias fanáticas en pro de la verdadera reforma, lo manifiesta la circunstancia de no haber tenido dificultad, en aquel momento decisivo, los partidarios de las profecías de Savonarola, en ponerse al lado del conciliábulo revolucionario de Pisa, que no hacía sino servir á los fines políticos del monarca francés contra el Concilio legítimo del legítimo Papa Julio II (1). La muerte de este enérgico príncipe de la Iglesia, cabalmente en el momento en que el Concilio se disponía á acometer la más importante cuestión de la época, acrecentó la trascendencia de la futura elección pontificia.

El cometido reservado al sucesor de Julio II era el más difícil que imaginarse puede. Cuanto en la Iglesia y en el Pontificado había de humano, había sufrido la suerte de todas las humanas cosas; la corrupción no había invadido la médula, la esencia; pero los daños habían penetrado muy hondo, no sólo en Italia, sino también en los más de los otros países de la Cristiandad. Casi en todas partes hallábanse graves abusos en la vida religiosa, y en todas partes había padecido el prestigio del Pontificado (2). Por muchos conceptos las circunstancias habían llegado á ser tales, que no se necesitaba sino una chispa para encender los abundantes combustibles acumulados, produciendo vivas llamas que habrían de consumir lo bueno junto con lo malo. La catástrofe que se temía en Roma (3), y asimismo en el otro lado de los

(1) Cf. Perrens, II, 480-481. Villari, Machiavelli, II, 130.

(2) Sobre esto dará más pormenores el tomo cuarto de la presente obra.

(3) Se admite generalmente, que la moneda de Luis XII, con la leyenda: *Perdam Babilonis nomen*, pertenece al tiempo de Julio II (Gieseler, II, 4, 191, nota), lo cual es falso. En efecto, Beltrando de' Costabili, embajador de Ferrara cerca de Alejandro VI, refiere en un \*despacho, fechado en Roma, á 11 de Agosto de 1502: \*Qui se he monstrato da diversi uno ducato novo facto stam-

Alpes (1), ya en los días del Papa Borja, se manifestaba públicamente en muchos países, principalmente en Italia y en Alemania (2), en la forma de terribles vaticinios; el cisma, con el cual amenazaban repetidas veces á los papas los soberanos de España, Alemania y Francia (3), no podía evitarse sino mediante una reforma fundamental en la cabeza y en los miembros.

pare per la Maestà Christianissima, il quale da uno canto ha sculpita la testa de Suo Maestà, da l'altro ha li tri ziglii cum lettere che dicono: *Perdam nomen Babilonis*. (En Wolf, I, 927, la inscripción y la representación del reverso se indica de otra manera.) Et pigliandosse universalmente Roma per Babilonia qui se ne fa varii iudicii. *Archivo público de Módena*.

(1) Maulde la Clavière, *Chroniques de J. d'Auton*, I, 296.

(2) V. Döllinger en el *Hist. Taschenbuch*, 1871, 281 s.; cf. 358 s. En el cuarto tomo volveremos á hablar todavía de estas profecías alemanas.

(3) Sobre estas amenazas y sus consecuencias, trataremos extensamente en el libro 2 y 3.